

4. Cómo hacer el anabautismo práctico en nuestra vida

por Dionisio Byler — Agosto, 2008

Nuestra iglesia en Burgos (España) realizamos un retiro todos los años aprovechando los días de vacaciones de Semana Santa. Una de las cosas memorables este año fue el símil que utilizó un hermano para describir la iglesia: «La iglesia —dijo— es como una luz en la calle, una noche de verano. Atrae todo tipo de insectos. Los que estamos aquí somos una colección de insectos, a cuál más feo y desagradable, que lo único que tenemos claro es que estamos hartos de vivir en la oscuridad».

Esto ensambla a la perfección con una de mis propias maneras favoritas de describir la iglesia: «Somos un centro de rehabilitación de adictos al pecado. Como en una reunión de Alcohólicos Anónimos, cada uno de nosotros tiene que ponerse en pie y admitir: “Hola, soy Fulano y soy un pecador; y estoy aquí porque os necesito para ayudarme a luchar contra mi adicción”».

Quiero imaginar que lo que hay detrás de la pregunta que se me ha dado para hoy: «Cómo hacer el anabautismo práctico en nuestra vida», hay otra que se sobreentiende más o menos equivalente y ciertamente más fundamental: «Como hacer el **cristianismo**, o el **seguimiento de Jesús** práctico en nuestra vida». No porque todos los cristianos tengan que ser **anabaptistas** sino porque se espera que todos los anabaptistas sean **cristianos**. La pregunta de fondo según entiendo yo la cuestión, entonces, es cómo hacer para que seguir a Jesús sea práctico hoy día. Quizá no es exactamente lo que tenían en mente los que me propusieron el tema. Pero es por ahí donde me ha parecido a mí útil abordar la cosa.

Y sin embargo esa inquietud —la de cómo hacer que esto sea práctico para nosotros hoy— es una inquietud que, cuanto más la considero y le doy vueltas y vueltas en la mente, se me antoja irrelevante ante la fulgurante figura y solemne Majestad de Jesús. Es decir que una pregunta perfectamente legítima respecto a un movimiento de hace 500 años; si la transformamos —como acabo de hacerlo yo— en una pregunta respecto al movimiento puesto en marcha por Jesús, resultaría bastante irrespetuosa.

Jesús, nuestro Señor y Cristo

Quizá sea necesario hoy día, con nuestras formas evolucionadas de gobierno, recordar lo que significaba en el siglo I de nuestra era aclamar a Jesús como «Señor» y «Cristo», las dos palabras que escogió expresamente Pedro para describir a Jesús en su predicación del día de Pentecostés, según Lucas en el libro de los Hechos de los Apóstoles.

En la era apostólica «señor» es, ante todo, el soberano ante quien responden con la debida sumisión, obediencia y alabanzas profusas todos los que entran bajo su señorío. «Señor» es el amo con respecto a sus esclavos y esclavas; el latifundista con respecto a los campesinos que labran sus tierras; el noble frente a toda la chusma popular de gentes de casta inferior. Como ya hemos dicho, al señor se le debía no sólo sumisión y obediencia sino también alabanzas profusas, expresiones públicas de admiración que redunden en su mayor honra y

gloria como persona superior que es. Quien era «señor» sabía perfectamente, con total naturalidad, que era superior a los que cabían bajo su señorío. Por tanto, cualquier falta de la debida sumisión —y en particular la falta de las necesarias alabanzas públicas— se recibía como insulto vergonzoso y vergonzante, evidencia de una honda ingratitud que envilecía a ambas partes por igual. La falta de muestras visibles y públicas de sumisión y alabanzas, venía a constituir un atrevido y subversivo cuestionamiento de su valía como persona naturalmente superior.

La persona de rango inferior, por su parte, tenía interiorizada su propia inferioridad y modestia. Desde su más tierna infancia había sido enseñado por todo su entorno social, a sentirse agradecido del privilegio maravilloso de servir a su señor. Estaba profundamente convencido de amar a su señor y sus exclamaciones públicas de alabanza y honra eran sinceras, en el sentido de que le resultaba materialmente imposible imaginar un orden social diferente a ese en que vivía, donde era tan manifiesta y visible su inferioridad. Su bajeza, villanía e inferioridad era tan palpable y expresa en todos los sentidos, que lo que daba sentido a su existencia era su relación de dependencia frente al prestigio y poder que ostentaba su señor.

Esta forma de entender la vida no sólo fue propia de la sociedad de la era apostólica sino que siguió siendo natural hasta hace muy pocos siglos y es observable en diversas expresiones de nuestra lengua castellana. Las palabras «noble» y «nobleza» indican toda una configuración de valores positivos y moralmente deseables. Las palabras «vil» y «villano», sin embargo, nos dan a entender una imborrable bajeza de carácter, aunque en su origen vienen sencillamente a nombrar a las personas que vivían en una villa, es decir la población de condición humilde. Pero como estas palabras, hay también otras que nos enseñan cómo los castellanos concebían las relaciones sociales en un mundo donde el «señor» realmente era reconocido como naturalmente superior en todos los sentidos.

Ahora bien; como observó muy bien Jesús, nadie puede servir a dos señores. Como se trataba no sólo de obediencia y sumisión sino muy especialmente de honra y gloria y alabanza, cualquiera expresión pública de alabanza del uno tendría en ese caso que entenderse como crítica o reserva mental acerca del otro —lo cual todo el mundo entendería como insultante y hondamente perjudicial para el señor así aborrecido. Era, en efecto, imposible e inimaginable servir a dos señores.

También es cierto que los señores tenían a su vez sus propios señores, personas más poderosas que ellos, a quienes ellos tenían jurada su lealtad, sirviéndoles y adulándoles con ardientes expresiones públicas de admiración. Luego también todo el mundo civilizado —que en aquella era se entendía coincidir exactamente con el Imperio Romano— tenía, en el sentido último de la palabra, un único Señor: el Emperador. Todo el mundo civilizado estaba organizado como una pirámide social, en cuya cúspide estaba el divino César. Como observó alguien de la época en uno de los típicos arrebatos de alabanza, puede que el César sea el último entre los dioses, pero su Divina Majestad es indudablemente el primero entre los mortales. La diferencia entre la civilización y la barbarie estribaba en que los bárbaros no cabían bajo la divina sombra protectora del Augusto soberano romano al que rendían pleitesía todos los seres plenamente humanos de la tierra.

Los judíos —como es natural— participaban plenamente en esta manera de entender la existencia, puesto que se tenían por tan civilizados como cualquiera. Sin embargo ellos, al menos, podían concebir de la posibilidad —por remota que pareciera— de que las exigencias del César fueran contrarias a las de su Dios. En un mundo realmente armonioso, las exigencias del Emperador no tenían por qué ser contrarias a las del Dios de Israel, puesto que sólo era posible haber llegado a Emperador con el beneplácito del Creador de cielos y tierra. Sin embargo ahí estaba, entre sus escritos sagrados, el libro de Daniel, donde había sido necesario obedecer a Dios antes que a los hombres, aunque el resultado fuera ser echados en un horno de fuego o en una mazmorra con leones.

En la dispersión judía por todo el mundo civilizado, se empleaba la versión griega de sus escritos sagrados. Los traductores habían escogido poner «el Señor» cuando llegaban a la palabra impronunciable que nuestras Biblias en castellano suelen poner como «Jehová» o «Yahvé». De manera que la palabra «Señor» tenía para los judíos piadosos tres significados: Por un lado venía a significar el señor al que cada cual debía sus servicios y alabanzas. Luego también venía a indicar muy especialmente el Emperador en Roma. Y por último era también la palabra con que habitualmente se referían al Dios de Israel, el único Dios Viviente, Creador de cielos y tierra y todo lo que en ellos hay.

Hay que suponer que aquella mañana de Pentecostés Pedro, al designar al Jesús resucitado y ascendido al cielo expresamente como «Señor», está entendiendo que Jesús ocupa simultáneamente esas tres posiciones en la sociedad de los que le siguen:

Es su señor personal, a quien han de servir y alabar públicamente. Pero es también su soberano absoluto —en rebeldía contra el Emperador cuyos lacayos lo habían crucificado en Jerusalén— y, en efecto, era también Dios. Jesús tenía que ser en algún sentido lo mismo que el Dios de Israel, si era verdad lo que afirmaba Pedro, que Jesús había derramado el Espíritu de Dios sobre aquellos ciento veinte el día de Pentecostés. El espíritu de una persona es inseparable de la propia persona. El espíritu es como la respiración o el soplo. Ninguna otra persona puede hacerte sentir en la cara el aire que soplo yo. Si no soy yo quien sopla, no podrás sentir mi aliento —tendrá que ser el de esa otra persona, nunca el aliento mío. Así las cosas, nadie aparte de Dios mismo podía «derramar» el Espíritu de Dios en Pentecostés. Y si Pedro decía que Jesús lo había hecho, es que cuando dice que Dios ha hecho a Jesús «Señor» y Cristo, entiende que Jesús es en algún sentido lo mismo que el Dios de Israel.

Me voy a entretener menos con el concepto de Jesús como «Cristo», porque ya hemos hablado el otro día sobre lo que venían a significar las esperanzas mesiánicas entre los galileos y judíos de la generación de Jesús. La palabra hebrea *machíaj*, traducida al griego como *jristós* —es decir, Cristo— indicaban antes que nada la unción que designaba al legítimo rey de Israel. La ceremonia de unción era más o menos equivalente a lo que sería hoy en día jurar un cargo de gobierno. Era una ceremonia donde la persona, que antes no era más que el príncipe heredero —o en el caso de David, un particular, de otro linaje que el del monarca reinante— pasaba a ser investido plenamente de la autoridad que es consubstancial al cargo de rey.

Algunos salmos copian una expresión que era absolutamente normal y corriente en el mundo de la antigüedad para referirse a los reyes. Estos salmos llaman al rey de Jerusalén, al ungido que gobernaba sobre Israel, «hijo» de Dios. Quizá se inspiraran en aquellos salmos

los profetas de Israel que en su anuncio de una Nueva Era «mesiánica» cuando volvería a gobernarlos un soberano legítimamente «ungido» —es decir, un auténtico «*cristo*»—, venían a dar a entender que era Dios mismo quien los gobernaría. En algún sentido esperaban que Dios mismo sería el Rey de Israel, a la vez que reinara un «hijo de Dios» que sin dejar de ser humano, de alguna manera sería lo mismo que estarles gobernando Dios en persona.

A no ser que prefiramos imaginar que aquella mañana de Pentecostés Pedro se puso a decir cualquier disparate que se le pasaba por la cabeza —que de puramente demencial no exige que lo tengamos en cuenta— tenemos que suponer que Pedro sabía muy bien lo que decía al alegar que Dios había hecho a Jesús, Señor... «y Cristo». Esto era declarar que Jesús —desde un trono celestial ya que no desde Jerusalén— es el auténtico Rey de Israel del que hablaban los profetas. Es el legítimo «ungido» de Dios para gobernar una Nueva Era de paz y justicia entre la humanidad, conforme a la voluntad de Dios.

Y en algún sentido, otra vez, esta afirmación viene a dar a entender también la divinidad de Jesús. ¡Afirmar que Jesús había ascendido al cielo —y que era precisamente **desde allí** que gobernaba como *Mesías* o *Cristo*— no podía significar otra cosa!

He dado todo este rodeo para venir a explicar por qué me parece que la pregunta de cómo hacer práctico el cristianismo para nuestras vidas puede que sea una pregunta irrelevante o incluso impertinente, puesto que parecería poner en entredicho la autoridad de la Divina Majestad de aquel Jesús el «Cristo», a quien decimos seguir.

En la medida que nos a situamos en la relación de debida sumisión y obediencia ante Jesús, nuestro Señor y Cristo —en la medida que reconocemos que nuestra relación con él exige no sólo sumisión sino alabanzas y aclamaciones públicas de su valía, honor y gloria como Señor— empezamos a caer en la cuenta de que preguntarnos si esto es práctico, o cómo hacer que sea práctico, puede parecer encerrar una actitud deshonrosa o incluso insultante.

Es que no tiene por qué ser práctico.

¡Es lo que manda el Señor —y no hay nada más que hablar!

Ese es el único dato relevante, la única cosa que importa. Que Jesús, según la primera carta de Pedro, padeció la cruz «para que nosotros pisemos en sus huellas», viviendo como él —que al fin y al cabo es Nuestro Señor y Cristo—vivió y nos mandó vivir. Y el que nos parezca práctico o no, en ese caso, no viene en absoluto a cuento. Si es que de verdad creemos que Jesús sea «Señor y Cristo», ya podemos imaginar la cara que se nos va a poner el día que tengamos que presentarnos ante él; y cuando nos pregunte qué hemos hecho con nuestras vidas —se nos ocurra decirle que no nos había parecido del todo práctico hacerlo como él lo hizo y lo mandó hacer.

¿Qué tiene de abstracto, de difícil de entender —de filosóficamente retorcido y rebuscado—, de **impráctico** o **impracticable**, dejarse matar en lugar de ser uno mismo quien mata? ¿Cómo le vamos a explicar a él, que entregó así su vida para dejarnos su ejemplo de que **sí** es perfectamente posible y práctico... que no, que no nos acababa de convencer... que nos parecía poco «práctico»?

¿Qué tiene de abstracto o de poco práctico —impracticable— servirnos unos a otros en mutua armonía y amor fraternal, como si todos —sin excepción— fuéramos esclavos unos de

los otros, a la vez que ninguno de nosotros se comporta como amo y señor? ¿Quién fue el que se desvistió hasta quedar en paños menores, se puso una toalla sobre las rodillas, se postuló ante los discípulos... y les lavó los pies como cualquier vil esclavo sin honra ni prestigio? ¿Con qué cara vamos a decirle que al fin de cuentas y habiéndolo pensado bien... que no, que en realidad ese tipo de conducta no nos parecía **práctica** o **practicable**?

¿Acaso no son prácticos —no vienen a describir una vida perfectamente práctica y practicable— los mandamientos divinos según los explicó Jesús?

¿No es posible, entonces —no nos parece práctico— tener un solo Dios, el mismo que nos redimió de dura opresión y esclavitud en Egipto— y adorar sólo a él y no hacer ninguna imagen para adorarla como si fuera un dios? Bien es cierto que hay muchas posesiones que nos pueden acabar poseyendo —como los ídolos poseían a los que los poseían— pero en principio, no debería ser tan difícil renunciar a adorar ninguna otra cosa sino solamente al Dios que nos creó, en quien tenemos nuestro existir y subsistir. En principio, no se me ocurre ninguna cosa más práctica que decir claramente que tenemos una única lealtad en esta vida, y que esa lealtad no es ni a las cosas materiales ni a la patria ni a un sistema de gobierno ni a un partido político ni a un club de fútbol —ni siquiera a la familia— sino solamente a Dios y a su Hijo Jesucristo.

Las derivaciones prácticas de sólo adorar a este Dios que nos liberó de dura servidumbre en Egipto son enormes. ¡A cuál más práctica y más urgente!

¿No es posible, entonces, vivir el día sábado —es decir, el día señalado por Dios para descanso de los que trabajan de sol a sol— como lo vivió Jesús mismo: no con legalismo ni formalismos para hacer ver nuestra piedad, sino para sanar a enfermos y liberar a endemoniados? Hombre, tal vez nos falte fe para esa clase de obras sobrenaturales; pero la buena intención de guardar los días de descanso sin por ello negarnos a hacer el bien, eso no sólo es práctico y practicable, sino que sería una práctica eminentemente saludable y beneficiosa, que habría que recomendar para la humanidad entera.

¿Cuándo dejó de ser práctico honrar a padre y madre? Desde siempre, en cada generación, los padres nos hemos dado cuenta que nuestros hijos de verdad están abrazando el evangelio y dejándose «convertir» a Cristo, porque empiezan a hacer algo tan sencillo y natural como agradecernos la vida y mostrarnos un poco de respeto y afecto filial. Hoy día —con la desvergüenza y falta de respeto que cunde en las grandes ciudades modernas— esto tal vez exija una auténtica irrupción de lo sobrenatural en los corazones de los hijos hacia los padres. Pero que es **práctico**, es inaceptable que nadie lo ponga en duda. Como dijo el apóstol, este es el primer mandamiento con promesa: para que nuestros días se alarguen sobre la tierra. ¿Y qué hay más práctico que abrazar conductas y actitudes que generan vida y luz en lugar de oscuridad y muerte?

Pero me aparto de lo que realmente interesa:

Que **aunque no fuera práctico**, sigue siendo lo que Jesús nos enseñó. Y a no ser que seamos una generación totalmente impía, irremediabilmente alejados de Dios, sin ninguna posibilidad de salvación, tiene que ser posible declarar nuestra lealtad a Jesús como nuestro «Señor» y «Cristo». Y si esto es lo que declaramos, entonces sus palabras y su ejemplo nos marcan inevitablemente nuestro destino y nuestra manera de vivir.

Y al que no le parezca práctico, que por lo menos no presuma de hacerse llamar «cristiano».

La necesidad de conversión

Volvemos así a los anabaptistas no violentos del siglo XVI. Porque si hay una cosa que ellos tenían muy claro, es que lo que no es posible ni exigible ni **práctico** para el mundo, sí es posible y **necesario** para la comunidad de los Elegidos, los que siguen al Cordero y han lavado sus ropas en su sangre redentora. Aquellos anabaptistas del XVI, entendían que es necesaria la **conversión**, el nacer de nuevo, el ser transformados de una antigua naturaleza pecadora sin remedio, a esta nueva naturaleza de los adictos al pecado, sí, pero por lo menos en proceso de recuperación y rehabilitación. El mundo siempre será el mundo y siempre se opondrá al gobierno de Jesús, nuestro Señor y Cristo. Pero por eso mismo, porque el mundo siempre será el mundo, es necesario que la Iglesia abraze sin ninguna duda, sin ninguna sombra de ambigüedad, nuestra naturaleza como Comunidad de los que hemos dado la espalda al mundo y hemos decidido seguir a Cristo.

Hermanos y hermanas: Justificados por la gracia de Dios mediante la sangre de su Hijo Jesucristo, impulsados por el poder del Espíritu Santo que arde en nuestros corazones, hemos de abrazar con ilusión, apasionadamente, la meta de la santificación, el objetivo de vivir como comunidades de gracia, santidad y justicia, en medio de un mundo corrupto e impío, violento y rebelde contra su Creador.

Ninguna cosa menos que esto reflejaría las virtudes de aquel que nos amó y nos llamó a su luz admirable y nos ungió como sus representantes escogidos. Cualquier conformarnos con menos sería insultante y perjudicial para la honra y gloria de nuestro Señor y Cristo.

Ahora bien, el puro realismo es que esto no es ni práctico ni posible para los que no han nacido de nuevo. El concepto del señorío de Cristo nos exige comprender que hay una línea divisoria entre los que siguen a Jesús y los que le rechazan. Y no es solamente cuestión de ideales y metas, de aprobar con el intelecto que determinadas conductas y actitudes serían preferibles a otras. Se trata de ir mucho más hondo, a la propia naturaleza de nuestra existencia humana. Los que son de la carne necesariamente vivirán conforme a la carne, por mucho que aspiren a agradar a Dios. Pero los que son del Espíritu hallan recursos interiores, el Espíritu de Dios que apoya y fortalece la resolución de nuestro ánimo, que nos va rehabilitando y transformando a la misma imagen de Aquel a quien amamos y anhelamos agradar.

Así lo expresa 1 Juan: *Amados, ahora ya somos hijos de Dios. Sin embargo, todavía no es visible qué es lo que llegaremos a ser. Porque sabemos que cuando Él sea visible, se verá que somos iguales que Él. Porque lo veremos tal cual Él es. Y todo aquel que tiene esta esperanza en Él, se santifica, puesto que Él es santo* (1 Jn 3,2-3).

Hay dos naturalezas humanas. La humanidad «adánica», que es contraria a Dios porque procura agradar a Dios por sus propios esfuerzos para presentarse ante Dios como digno y aprobado por sus propios méritos humanos. Y la humanidad «cristica», que como Cristo mismo, se deja llevar y conducir por el Espíritu de Dios, dependiendo del don de la gracia divina que todo lo transforma y todo lo santifica en Dios y para Dios, a fin de que todo el

mundo comprenda que los únicos méritos y la única gloria le corresponden a Dios, jamás a nosotros.

Ningún anabaptismo —es decir, ningún cristianismo auténtico— puede ser práctico sin la realidad de **conversión**, por la que somos trasladados del reino de las tinieblas al reino del amado Hijo de Dios. Si los anabaptistas no dieron por válido ningún presunto bautismo que no fuera escogido voluntariamente por personas lo bastante mayores de edad como para tomar decisiones consecuentes para todo el resto de su vida, no es —como se nos sigue acusando hasta el día de hoy— para traer división a la Iglesia, sino para que sea perfectamente visible la división entre el mundo y la Iglesia, entre los nacidos de la carne y los nacidos del Espíritu.

Tampoco nos motiva un perfeccionismo inalcanzable, donde sea posible imaginar que los que nos hemos integrado al cuerpo de Cristo mediante el bautismo, somos ya incapaces de caer en el pecado —y debiéramos ser expulsados si pecamos. Ya hemos declarado al iniciar nuestro tema de hoy, que la Iglesia es como una luz en la calle que atrae todo tipo de insectos, a cuál más feo e indeseable. Ya hemos confesado que la naturaleza de la Iglesia es ser una comunidad de rehabilitación de adictos al pecado, que nos reunimos para apoyarnos —como se hace en Alcohólicos Anónimos y otras organizaciones parecidas— en nuestra lucha constante contra la recaída en hábitos que deseamos romper. Pero tiene que seguir siendo posible distinguir entre aquellos que nos sentimos atraídos por la luz, aunque nos ciegue los ojos y nos queme las alas, y los que huyen de la luz. Tiene que ser posible distinguir entre adictos que confiesan su adicción abiertamente y buscan la comunión de otros adictos para apoyarse unos a otros a combatir sus malos hábitos, y otros que ni siquiera se saben adictos ni están dispuestos a admitir que sus conductas y actitudes son perjudiciales y perversas.

Os confieso que llegados aquí, tengo un problema difícil de resolver, porque hay personas cuya experiencia de la predicación cristiana ha sido enteramente negativa. Hay personas que siempre que oyen las palabras «pecado» y «santidad» se sienten juzgados y condenados, rechazados y marginados de Dios, pero no por sus propias conciencias ni siquiera por Dios, sino por quien utiliza las palabras «pecado» y «santidad». Piensan que cualquiera persona que utiliza esas palabras, «pecado» y «santidad», por el propio hecho de que esas palabras están en su vocabulario, se siente superior, menos pecador y más santo que ellos. Naturalmente, si cuando yo hablo de la necesidad de estar convertidos para poder vivir por el Espíritu y agradar a Dios, alguien siente que le estoy juzgando y condenando porque me creo superior, porque me creo tener un acceso privilegiado a la Deidad que considero que los demás no tienen... si eso es lo que se piensa que yo pienso de mí y de ellos cuando hablo de «pecado» y «santidad» y «conversión», entonces es normal que la gente se sienta irritada al oírme.

Es muy posible que haya algunas personas así aquí, hoy, que interpreten éste mi discurso como un ataque personal contra ellos y una exhibición de un orgullo y soberbia inaceptables por parte mía.

El problema se debe, al menos en parte, a que estas palabras tienden a utilizarse mal en la lengua castellana. No sé si es así aquí en México, pero en España me parece que la palabra «pecado» ha pasado a significar «conductas **sexuales** desaprobadas por **el clero católico**». Pero yo la utilizo en el sentido bíblico: «Pecado» son todas aquellas conductas **y actitudes**,

de cualquier índole, que deshonran al Señor y manifiestan insumisión a su señorío, poniendo en entredicho su valía y sus méritos como Señor.

Al utilizar estos términos, entonces, —al decir que no puede ser lo mismo el mundo que la iglesia— quiero que se entienda que yo sé muy bien que soy uno de los insectos atraídos por la luz; que conozco y confieso abiertamente mi condición de adicto al pecado... pero que he hallado a Alguien que me da esperanzas de llegar a ser la persona que anhelo ser. Que mi Señor y Salvador se me ha acercado, no para juzgarme y condenarme sino para invitarme a su comunión y llenarme de su Espíritu divino, para lavarme de todos mis pecados y ofrecerme su amor y amistad incondicional. Y ese acercamiento de Dios a mi vida es, naturalmente, un acercamiento **transformador**. Pero no por méritos míos sino por la superabundancia de la gracia inmerecida de Dios que actúa en mí.

Quiero que se entienda que no soy una persona ya convertida sino en proceso de conversión. Que así como quien ha sido drogadicto en el pasado es siempre un drogadicto en potencia y necesita estar siempre en guardia contra las trampas que le tiende la droga, yo me confieso un pecador en rehabilitación, en lucha permanente contra el pecado en mi vida. Y que en la medida que obtengo victoria sobre el pecado, es por el poder y la gracia y el Espíritu de Aquel que me redimió y me arrancó de las garras de Satanás.

Es esto lo que entiendo cuando hablo de «nacer de nuevo» o de «conversión», de separar entre el pecado y la santidad, entre el mundo y la Iglesia. Porque la santidad no es algo que se consigue. Es una forma de entender la vida. La santidad es la aceptación de que Dios nos ha apartado enteramente para servirle a él, para agradarle a él y hacer su voluntad. No es un estado superior al que he llegado sino una invitación permanente a seguir al hombre que más admiro de toda la historia de la humanidad: a Jesús el hijo de María, crucificado por hombres tan perversos como yo mismo pero con todo, a pesar de todo, Hijo de Dios y Señor mío.

Él es la luz en mi camino, el hombre que hace que no tenga que encontrar yo solo el camino. Él es quien me muestra con su ejemplo humano el camino a seguir para ser plenamente humano. Y si sigo esa luz, si piso en sus huellas, sé que no me perderé, por oscuras que sean las tinieblas en derredor y por mucho que ruja el diablo que desea devorar mi alma.

¿Cómo realizar un anabaptismo —es decir un cristianismo— práctico en nuestras vidas, entonces? Pues un primer paso sería el de entrar por la Puerta, el de escoger seguir el Camino, el de dejarse atraer por la Luz, el de admitir que somos pecadores en necesidad constante y permanente de rehabilitación de nuestra adicción al pecado. Nacer de nuevo a una nueva vida llena de posibilidades que la vieja vida nunca nos pudo ofrecer.

No hay salvación fuera de la Iglesia

Quiero concluir con un último concepto que guarda estrecha relación con todo lo dicho hasta aquí y que a algunos les resultará tan escandaloso e inaceptable como hablar de «pecado» y «santidad» y «conversión».

A veces las mismas palabras, según quién las diga, pueden significar cosas muy diferentes:

Cuando un católico se reafirma en el dogma de que no hay salvación fuera de la Iglesia, lo que quiere decir es que es sólo si se está en comunión con el Papa de Roma, si se aceptan las doctrinas y especialmente la jerarquía de esa rama del cristianismo —la única que gestiona como es debido los Sacramentos divinos— que puede hacerse eficaz la salvación en Cristo.

Por eso es muy difícil que se vaya a oír a un protestante o evangélico o pentecostal hacer esa afirmación. Y si lo dicen, será con la idea de que toda persona que tiene fe en Cristo o que ha vivido experiencias del poder y la proximidad de Dios, está naturalmente en «la Iglesia» universal, de la que sólo Dios sabe quiénes son miembros verdaderos, puesto que la Iglesia es invisible —precisamente por ser universal.

Pero para los anabaptistas del XVI —y sugiero que también para nosotros hoy—, es posible hacer esta afirmación como declaración de la singular importancia que tiene la comunidad local, personal y de apoyo mutuo, de los cristianos comprometidos a seguir a Jesús de verdad, con seriedad y consecuentemente.

Creo que ni en el mundo en que vivieron Jesús y los apóstoles, ni en el mundo de Menno y los anabaptistas en el siglo XVI, hubiera sido comprensible el individualismo que a muchos hoy día nos parece tan natural. Para ellos no había identidad fuera de un entorno social al que uno «pertenece».

Uno se identificaba como hijo de José, hijo de Jacobo, etc., indicando con su genealogía su lugar dentro de una amplia red de relaciones familiares. [Y en el siglo XVI, Menno se llamaba Simons —o *Simonszoon*— no un apellido en el sentido moderno sino un patronímico; es decir, que Menno era hijo de un tal Simón.]

Uno se identificaba como «de Nazaret» o «de Jerusalén» o donde fuera, indicando así su pertenencia a un amplio entramado social de los que se habían criado juntos y seguían viviendo juntos en determinado lugar. [Y Menno era frisón —de Frisia, una región de los Países Bajos— cosa que todo el mundo sabía al escuchar su dialecto y pronunciación de la lengua neerlandesa o bajoalemana; y esto significa especialmente que a Menno se le presuponían ciertos rasgos de carácter y forma de ser, atribuibles a las personas de aquella región.]

El esclavo era una persona excepcionalmente vulnerable por estar totalmente despojado de estas señas de identidad colectiva. Su única identidad posible, entonces, era la de su amo, en cuya casa había nacido o que le había comprado, haciéndolo suyo y dándole por tanto su propia identidad.

En el mundo bíblico, y sugiero que esto seguía siendo bastante cierto en el siglo XVI, la conversión no era —no podía ser— algo que se producía en el aislamiento de la conciencia interior personal y sin derivaciones prácticas en cuanto a la identidad social del individuo. No, la conversión conllevaba necesariamente la resocialización del individuo en una nueva red social, de la que a partir de entonces derivaría su identidad. Esta nueva identidad social se entendía como una familia bajo la paternidad de Dios, donde todos los miembros eran hermanos y hermanas unos de otros. Se podía concebir incluso como un cuerpo viviente, del que todos eran miembros, donde el dolor y la alegría de cada uno eran vividos en carne propia por todos los demás. Donde tampoco podían haber, entonces, ni secretos ni independencia de criterios. El pecado de uno contaminaba a todos y las opiniones de cada cual se sometían al discernimiento de la comunidad.

La variedad de anabaptismo que logró sobrevivir y perpetuarse en generaciones subsiguientes hasta el presente, tuvo por ello un marcado interés en la disciplina interna, el discernimiento de pecados y la exigencia de santidad, como muestra de pertenencia a Cristo y lealtad fraternal. En primera instancia supongo que esto respondía ante todo a una exigencia práctica: cuando los anabaptistas se reunían en células clandestinas bajo la amenaza inminente de arresto, torturas y martirio, había que estar bien seguro de que todos los miembros realmente estaban convertidos y santificados y eran de fiar. La persona propensa a tomarse con ligereza la instrucción moral de Jesús y de la comunidad, podía suponerse que tampoco resistiría la tortura sin delatar a sus hermanos y hermanas.

Pero rápidamente se pasó de esta lógica exigencia práctica, a una manera de entender la vida cristiana como entrega absoluta. Entrega en primera instancia a Cristo pero también, naturalmente, a su cuerpo la iglesia. La iglesia, no como abstracción generalizada de todas las personas que son salvas, sino como comunidad próxima, inmediata, personal; las personas con quienes uno compartía su culto a Dios y los riesgos de una religión clandestina y perseguida. De la comunidad, cada cual recibía con gusto la instrucción y exigía con convencimiento la necesaria disciplina para no errar ni a diestra ni a siniestra del camino recto que agrada a Dios.

La arrogancia propia del hombre moderno individualista, sin embargo, nos lleva a imaginar que cada persona se pueda valer por sí mismo para vivir vidas rectas. Imaginamos, entonces, que ya no necesitamos la iglesia como apoyo indispensable para mantenernos fieles a Cristo. Así la disciplina en la iglesia cambia de significado. Empezó como un apoyo fraternal, de plena y completa mutualidad, donde cada cual da y recibe corrección en una comunidad de iguales. Pero ahora empieza a sentirse como una obligación externa y artificial, de juicio y condenación. Ya no se recibe como ayuda y apoyo para la vocación de santidad que nos hemos trazado, una vocación tan elevada que es imposible conseguirla si no es en comunidad, entre todos. Se recibe, al contrario, como la carga pesada de una ley impuesta por personas que ni nos comprenden ni nos conocen.

Así la disciplina en la iglesia, en lugar de ser un discernimiento comunitario donde todos hablan y todos escuchan —y entre todos recibimos la guía del Espíritu mediante la Palabra— pasa entonces a ser tradiciones humanas que nos vienen por costumbrismo desde un pasado remoto, y que no conservan ya ninguna conexión real con nuestra vivencia presente. Esta misma dinámica la conocía bien Jesús en la sociedad judía rural de la Galilea donde se crió. Jesús había tenido que saltarse las normas de ese tipo de disciplina legalista, la que procuraban imponer los escribas y fariseos. Pero no lo había hecho para abandonar la disciplina sino, precisamente, para inaugurar esta nueva forma de disciplina, que se vive como discernimiento en comunidad bajo la guía del Espíritu y la Palabra.

¿Es esto práctico, entonces?

¿Se puede llevar a la práctica hoy día?

¿Nos queda todavía algún lugar para la disciplina en la Iglesia? ¿Para nosotros, hombres y mujeres del siglo XXI, con nuestro individualismo férreo, nuestro convencimiento del valor irrenunciable de la conciencia individual y personal que jamás debe doblegarse ante nada ni nadie, tiene algún sentido seguir diciendo que «necesitamos» la Iglesia, que nos «necesitamos» unos a otros?

Puede que sí, puede que no... el tiempo lo dirá.

Pero sospecho que si no recuperamos la convicción de que nadie puede valerse por sus propias fuerzas, lo vamos a tener difícil para comprender e imitar el estilo de vida del Nuevo Testamento y del movimiento anabaptista del siglo XVI. El ser humano heroicamente individualista que se estila hoy día va a tener que humillarse muy mucho si quiere hacer suyas estas antiguas tradiciones de Jesús y sus seguidores.

Pero aunque tengamos un camino largo por delante, todo camino empieza con un primer paso. Y el primer paso, me parece a mí, viene a ser ese que se toma en asociaciones de rehabilitación para adictos, donde la gente admite el fracaso de su proyecto individualista de vida:

—Hola. Me llamo Dionisio y soy un pecador. He venido aquí esta mañana porque necesito vuestra ayuda y apoyo para tratar de vivir, un día a la vez, sin volver a caer en mis horribles hábitos de rebeldía contra Dios.